

# 24 horas en la Full Moon Party

Texto: ARGÍ GRAU  
Fotos: LEANDRO SOLARI

Éxtasis, lsd, setas alucinógenas, speed, cocaína, mdma, marihuana, hachís, ice o metanfetamina. Y alcohol, mucho alcohol. Todo esto y más se puede encontrar en la fiesta mensual de una isla que no es Ibiza y que paradójicamente se encuentra en un país donde el consumo, la posesión y el tráfico de drogas puede llevar a la pena de muerte. En Tailandia, el país en cuestión, las ejecuciones por temas vinculados a los estupefacientes están a la orden del día. Para situarnos en el contexto, basta un breve repaso de los últimos años.

Hace más de doce años que se desarrolla esta fiesta mensual en un país donde existe la pena de muerte por temas vinculantes a las drogas.



En el año 2000 fueron retransmitidas en directo gran parte de las más de dos mil ejecuciones de traficantes. En el 2003, la Asian Human Rights Commission denunció la muerte de más de cien personas durante los diez primeros días de la campaña contra las drogas lanzada por el primer ministro Thaksin Shinawatra. En el 2010, Amnistía Internacional reconoció que un porcentaje importante de las ejecuciones o condenas a muerte registradas en Tailandia respondió a delitos relacionados con estupefacientes. En el 2011, la primera ministra, Yingluck Shinawatra,

lanzó una nueva guerra antinarcoóticos y, en febrero del 2012, finalmente, el viceprimer ministro tailandés, Chalermsak Yoochamrun, pidió en el Parlamento que las personas condenadas por drogas fueran ejecutadas sesenta días después de dictarse la sentencia. El mandatario cree que es la mejor medida para combatir el creciente número de delincuentes relacionados con las drogas que, según fuentes gubernamentales, en el último año ha aumentado de 6.004 a 8.787.

En vista del panorama reinante, uno se pregunta cómo es posible que a pesar de la dura legislación tailandesa, una de sus islas haya conseguido institucionalizar la Full Moon Party, una fiesta periódica donde cualquier persona puede acceder a todo tipo de estupefacientes. En la noche de Luna llena, Koh Phangan se ha convertido en un punto de encuentro obligatorio para los turistas que visitan Tailandia y los países vecinos. Muchos sincronizan sus viajes en pos de esta fiesta célebre a nivel mundial. Hasta las agencias de viajes de Latinoamérica organizan tours por el Sudeste Asiático en torno a esta fiesta, tal y como nos explica un grupo de argentinos que han viajado con este paquete turístico en concreto. Días antes del plenilunio, los



Buckets listos para ser consumidos.

barcos llegan cargados con turistas de todas las nacionalidades. Nadie se lo quiere perder, la isla está al completo. Tanto es así que nos quedamos sin habitación de hotel, aunque dormir no era precisamente nuestra prioridad. Un halo de excitación flota en el aire. Todos hablan de lo mismo, muchos repiten la experiencia; para otros es la primera vez. La noche de la Luna llena es idónea para convertirse en el hombre lobo que escondemos dentro, aunque ya hace mucho tiempo que se ha perdido el sentido original de la fiesta, cuando todavía era íntima y mística, cuando todavía se miraba al cielo.

### 17.00 h

Llegamos a Had Rin Nok, la playa donde se celebra la Full Moon, al atardecer. Los bares ultiman los preparativos. Las ba-



Cientos de chiringuitos de preparan para la gran noche.



Litros de alcohol riegan las calles de Had Rin Beach.



Días antes de la Full Moon, los barcos llegan cargados con todo tipo de nacionalidades.

**Se pueden encontrar todo tipo de drogas en la fiesta mensual de una isla que paradójicamente se encuentra en un país donde el consumo, posesión y tráfico de drogas puede llevar a la pena de muerte.**



Todo preparativo es poco en la noche que se terminan todas las reservas.



El distintivo de la isla.



Los juegos con fuego se repiten a lo largo de toda la playa durante esta noche tan caliente.

rras, construidas para la ocasión, se sitúan en primera línea de fuego y un pelotón de camareros edifica castillos de *buckets* (los baldes que utilizan los niños para jugar en la playa) llenos de botellitas de alcohol y refrescos. Surachai, uno de los trabajadores del lugar, bromea mientras se retoca la nariz con polvo blanco: "Con la cantidad astronómica de alcohol que vendemos en la Full, podríamos dejar de trabajar todo el mes". Le creemos.

A continuación, reproduzco íntegramente un párrafo de Antonio Escotado publicado el pasado mes de diciembre en el Extra Prohibición de CAÑAMO, en el que reseña la Full Moon Party de hace más de

doce años: "En agosto del 2000, cuando fijé mi domicilio en Koh Samui –una isla tailandesa situada sobre el golfo de Siam–, la isla contigua, Koh Phangan, celebraba todos los meses el plenilunio con millares de personas venidas de Occidente, Hong Kong, Singapur y Japón, a las cuales se añadían nativos (básicamente nativos jóvenes). En agosto del 2001, las existencias de mdma eran suficientes para que esa rave ocurriese también con el pretexto de Luna nueva, creciente y menguante. El *Bangkok Times* había sugerido tiempo atrás que ese regalo turístico se apoyaba sobre traficantes de éxtasis pagados con heroína". Actualmente ya se celebran las

cuatro lunas, aunque la Full Moon sigue siendo la más multitudinaria.

**21.00 h**

El pueblo se va llenando de gente. Muchos se disfrazan en grupo para la ocasión. Los locales están a rebosar, y la música en vivo invade todos los rincones de Had Rin. Entre la muchedumbre, oímos a dos chicos que gritan en catalán "Volem drogues" ('Queremos drogas'), pero antes de preguntarles dónde y qué van a pillar, ya han desaparecido entre la gente. "Tenemos que devolver las motos", alcanzan a decir antes de ser engullidos por un torrente carnavalesco. No los volveremos a ver. En su lugar aparecen unos canadienses con el cuerpo totalmente pintado de azul y verde, ataviados con calzoncillos fluorescentes. Aunque todavía no saben qué van a consumir, aseguran que quieren un buen cóctel anfetamínico para llegar a Marte "sin cohete y sin escala alguna".

**Estado policial**

La Tailandia moderna es un ejemplo canónico de estado policial. A ambos lados de la ley, los policías son los actores principales en el negocio de las drogas. Desde el 2011, cuando la recién elegida Yingluck Shinawatra decidió tomar medidas draconianas contra el tráfico de narcóticos, la Policía tiene poder absoluto para interrogar, detener, hacer tests de orina, registrar locales y personas y confiscar la propiedad de cualquier persona que consideren sospechosa. Según informó la Organización Mundial contra la Tortura (OMCT), la Policía y los funcionarios locales habrían recibido incentivos para llevar a cabo la mayor cantidad de arrestos y ejecuciones posible, incluyendo bonos financieros. Muchos de ellos habrían sido amenazados con ser transferidos si no cumplían con los objetivos de la campaña. La OMCT aseguró también que era muy probable que un número significativo de estos arrestos hubieran sido arbitrarios en su naturaleza.





A pesar de que la fiesta se celebra en su honor, pocos levantan la cabeza para mirar la luna llena.



La Full Moon da rienda suelta para sacar la parte más alocada de cada uno.



¿Quién juega al tres en raya?



Mejor empezar despacio porque la noche es larga, muy larga.



En Koh Pangan, Carnaval se celebra cada mes.



Dos napolitanos celebrando su llegada a la isla.



Tatuajes fluorescentes para brillar durante toda la noche.

Asimismo, la Thai National Human Rights Commission (TNHRC) informó que el Gobierno alentaba a la Policía a esquivar los procedimientos judiciales, llevando esto a la ejecución sumaria de presuntos delincuentes. El organismo también reportó que la Policía había plantado drogas y luego detenido o matado a supuestos sospechosos. Lo cierto es que muchos agentes aprovechan esta inmunidad otorgada por el Gobierno y la utilizan para ganarse un sobresueldo. Como veremos, en la Full Moon han encontrado su mina de oro.

**00.00 h**

El Kanguro es un bar a pie de playa que vende porros listos para fumar por 200 bahts (5 euros), mientras que el bar colindante ofrece batidos de setas por 500 bahts (12,5 euros). El isleño Payut nos explica que estos bares tienen que pagar a la Policía para poder vender. Además: "Si alguien compra drogas pero no las consume en el mismo local, se convierte en carne de cañón, pues suele pasar que los mismos que venden denuncian al comprador para ganar una comisión", añade este nativo conocedor del lugar.

Mientras, la playa ya está completamente abarrotada. La música electrónica ensordecedora penetra en los cuerpos de los que bailan. Los malabaristas llenan de fuego el paisaje; la gente extasiada salta las cuerdas encendidas, atraviesa aros de fuego o se tira por un tobogán en llamas. En medio de esta locura colectiva, conocemos a Jean Luc, un francés que vive en una isla contigua desde hace dos años. Este submarinista, que conoce muy bien la fiesta, nos explica que su dealer tailandés consigue la droga de la misma Policía de Had Rin Nok. Ya nada nos sorprende.

**03.00 h**

Habíamos oído historias increíbles sobre la Policía tailandesa pero las considerábamos más leyendas urbanas que realidades *de facto*, hasta que conocimos a Marie. A esta belga que vive en España le gusta fumar, pero no ha traído nada encima porque ya le habían advertido de las leyes tailandesas. Cuando ha descubierto el Kanguro, no ha dudado ni un momento en fumarse unos porros. "He pagado 500 bahts (12,5 euros) por un porro enorme, de un gramo de marihuana y sin tabaco", reconoce esta valona. Relajada, ha dejado a un costado su bolso hasta que ha visto que un tailandés ha hecho un movimiento raro. Ha verificado que no le hubiera robado y, para su asombro, no le faltaba nada sino que le sobraba. "¡Me ha puesto una china de hachís en la funda del móvil!", exclama. "Por suerte he actuado rápidamente. He hecho ver que no sabía que era eso que me había puesto en el bolso y he tirado el costo lejos de mí. Luego he ido al baño para comprobar que no me hubieran puesto nada más". Todavía nerviosa por la situación, reconoce: "Me he librado de una buena". Aunque luego nos explica que dos días antes le robaron todo el dinero que se había dejado en la habitación. "Pas de chance!" ('Mala suerte', en francés), farfulla, y ríe para no llorar.

Menos suerte ha tenido su amiga. Marie nos cuenta que ésta estaba paseando por la orilla cuando un hombre ha dejado caer un paquete en la arena. Le ha pedido si se lo podía alcanzar y cuando lo ha hecho, el que ha resultado ser un policía vestido de civil ha registrado el paquete, que contenía dos porros, y la ha arrestado. "Después de sacarle todo el dinero



Si compras un Bucket, los camareros te dan un abrazo gratis.

que tenía encima, han ido al cajero para vaciar su cuenta", nos explica Marie con cara de estupefacción. No es para menos. Pero tampoco quiero ser alarmista. Si bien es cierto que existen historias como las descritas en estas líneas, también hemos conocido gente que consume drogas habitualmente en Tailandia a la que nunca le ha pasado nada.

**06.00 h**

La euforia se apodera de Had Rin Nok. Brandon, un joven neozelandés completamente puesto de setas que jura que le han robado la cartera, nos pregunta hasta quince veces de dónde somos. Todavía sin conseguir retener la respuesta, decide ir a buscar otro *shake* alucinógeno cerca del Kanguro. Seguramente ya ha olvidado que no tiene más dinero para pagarlo.



La reportera con sus secuaces de Marte.

Hablamos durante horas con Federico, un abogado chileno que nos explica a grandes rasgos la legislación tailandesa. Nos cuenta que las penas varían según el tipo de droga, y que distinguen cinco categorías de estupefacientes: la primera, comprende drogas "gravemente peligrosas" como la heroína, las anfetaminas y el

**La Tailandia moderna es un ejemplo canónico de estado policial. A ambos lados de la ley, los policías son los actores principales en el negocio de las drogas.**

**Jean Luc, un francés que vive en una isla contigua desde hace dos años, conoce muy bien la fiesta. Nos explica que su dealer tailandés consigue la droga de la misma policía de Had Rin.**



La gente sigue bailando a pesar del calor sofocante.

#### 17.00 h

La gente se ha internado en algunos locales donde siguen pinchando música electrónica a tope. La playa está casi limpia, las familias se bañan mientras algún padre se dedica a recoger los restos de vidrios rotos. Todavía se encuentran reducidos grupos de gente por las calles con las mandíbulas batientes, los ojos rojos, cristalinos y las pupilas dilatadas. Algunos beben cerveza para camuflar sus bocas pastosas.

“24 horas en la Full Moon Party” es sólo un esbozo de lo que ocurre cada mes en Tailandia, un país que enarbola la hipócrita bandera de la prohibición como estandarte, cuando la realidad dista demasiado de su legislación. Deberíamos preguntarnos qué esconde el endurecimiento de las leyes tailandesas, un país que vivió su último golpe de estado militar apoyado por el rey en el 2006. Y también plantearnos por qué las autoridades volvieron a sentenciar la pena capital en 1996 después de nueve años sin ejecuciones. En apenas cuatro pinceladas, esta noche refleja la correspondencia intrínseca que existe entre corrupción y prohibición. Pues, como bien resume Escohotado en el artículo mencionado anteriormente: “Hay una relación directa entre estados comprometidos con el negocio de las drogas ilegales y la severidad de sus leyes: suelen aplicar pena de muerte o reclusión perpetua precisamente los países donde se observan mayores niveles de corrupción institucional”.

Por eso cobra sentido el debate sobre la despenalización de las drogas o, al menos, sobre la rebaja de condenas y, por supuesto, la eliminación de la pena capital. Pero de todos es sabido que eso no conviene. Hay demasiado dinero en juego y, como la llorona a quien cantaba Chavela Vargas, ellos siempre quieren más. 🌿

Cañamo dejó su huella en una de las barras de la Full Moon.



Uff! ¡Qué noche-cita! Ahora toca recoger todos los Buckets tirados por la playa y esperar hasta la próxima luna.



A las 17h00 todavía ves gente limpiando los restos de la fiesta.

Isd; la segunda son las denominadas “drogas peligrosas” como la morfina, la cocaína y el opio; la tercera son las sustancias que contienen drogas de la segunda clase; la cuarta son los componentes químicos para producir la heroína y, finalmente, la quinta la forman las drogas no comprendidas en las anteriores categorías como la marihuana o el hachís. Las penas varían en función de la categoría, de la cantidad y de la persona. “Por ejemplo, los traficantes de la primera categoría pueden ser condenados a muerte, aunque si son occidentales lo habitual es que la pena de muerte se conmute a cadena perpetua; y la mera posesión de marihuana o hachís supone un máximo de cinco años de cárcel y/o una multa de hasta 100.000 bahts (2.500 euros)”, ultima este simpático chileno antes de ir a por otra ronda.

Luego sabremos que, según las estadísticas del Departamento de Control de Narcóticos de Tailandia, las redadas en relación con la marihuana se han venido incrementando desde el 2004. Sin em-

bargo, en este país las estadísticas son inútiles para ilustrar la totalidad del tema, pues hay una gran cantidad de casos que se resuelven extraoficialmente.

#### 11.00 h

De todas maneras, la legislación vigente y las cifras oficiales parecen no importar aquí, y menos a estas horas. La gente sigue bailando bajo un sol de justicia. Los restos de la noche cubren la playa y se pierden en el horizonte azul. Cuerpos inertes yacen sobre la arena blanca cual islotes rodeados por un océano de botellas vacías. Nos despedimos de Eloy, un panameño con el que nos hemos reído durante horas. Vive en Singapur y debe volver para trabajar. No es la primera vez que se escapa unos días para celebrar la Luna Llena.